

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA SOCIEDAD

Ricos palacios, templos suntuosos,
sabios ilustres, vates inspirados,
nobles por la fortuna acariciados,
bellas damas, guerreros valerosos.

Tal es la sociedad de los dichosos;
á sus pies, en infiernos ignorados,
la miseria y el crimen hermanados
extienden sus dominios espantosos.

Oro la cima, fango los cimientos;
tal es la triste sociedad humana,
del imperio del mal sujeta al yugo;
y de esa sociedad son fundamentos
el lecho de la impudica cortesana
y la cuchilla infame del verdugo.

MANUEL DE LA REVILLA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID...	Un mes.....	1 pesetas.
	» trimestre.....	2,50 »
	» año.....	10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS...	Un trimestre.....	3 pesetas.
	» semestre.....	6 »
	» año.....	12 »
EXTRANJERO...	» año.....	15 »

DENUNCIA NÚMERO 13

Nuestra persecución es horrorosa.

¡No se puede sufrir!

¡Al mismo Job faltárale paciencia
para esto resistir!

¡Lo que ocurriendo está no tiene nombre!

¡Es una cosa atroz!

¿Cuándo se ha visto tan cruel inquina
ni guerra tan feroz?

Por la caricatura más sencilla
y el suelto más banal,
cae sobre DON QUIJOTE el lápiz rojo
del incógnito fiscal.

¿Por qué ese encono con el noble hidalgo,
de España gloria y prez?

¿Por qué es víctima el bravo caballero,
del odio y la doblez?

¿Por qué los fieros dardos á su pecho
lanzan con saña vil?

¿Es que quieren domar con tales tretas
su esfuerzo varonil?

¿Amenguar su valor armipotente?
¿Su ánimo decaer?

¡Pues no lo lograrán! ¡Empresa inútil!
¡Eso no puede ser!

¡DON QUIJOTE cesar en sus campañas
que inspira el ideal!

¡Nunca! ¡Pese al inmundo jesuitismo
y al incógnito fiscal!

DON QUIJOTE no cede. Su firmeza
invencible probé,
en cuantas ocasiones el contrario
destino le ofreció.

Acostumbrado á la incesante lucha
sin tregua ni cuartel,
una estocada más no ha de importarle,
ni un trago más de hiel.

Contra su peto rómpese la espada,
sin poder penetrar;
y viene acostumbrado á la amargura
más acre, el paladar.

Con el lanzón en ristre espera el golpe
su figura gentil,
para cargar después con nuevos bríos
contra la turba vil.

Siga, pues, su tarea el jesuitismo,
y la suya el perincito fiscal.
El Hidalgo Manchego es siempre el mismo,
y siempre luchará con heroísmo
en pro del ideal.

OPULENTOS

¿Te imaginarás tú, Fabio amigo, la grata sorpresa
que experimentaría quien, acostándose indigente, se

levantara dueño y señor de una renta de doce mil duros? Pues análoga es la que á título de españoles y patriotas, hemos experimentado nosotros. Creíamos á la madre España pobre de solemnidad, mendiga de oficio, al borde de la ruina, yendo del brazo con el hambre, y ahora resulta que es casi, casi la nación más rica del orbe. Silvela juntamente y Villaverde, han hecho el gran descubrimiento. Esto, aunque parezca San Bernardino, el hospicio y la corte de los milagros es, en realidad, Jauja, el Docado, y si no llega á ser la isla de San Balandrán, le falta muy poco.

No escaseaban, á la verdad, indicios de la cosa, sin que ello menoscabe en lo más mínimo el mérito de la invención. De todos los grandes inventos hay siempre barruntos y sospechas; la gracia está en convertirlos en certidumbre. Sólo un país riquísimo sobre toda ponderación, ha podido soportar sin sucumbir los veinticinco últimos años de administración pantagruélica. Sólo una nación opulentísima, un Vanderbilt de las naciones, gasta durante tres años de uno á dos millones al día por defender, con el éxito lisonjero que sabemos, su integridad, su derecho, su leyenda, sus prestigios, su honor y otras tales menudencias. Si seremos ricos, que casi la mitad de la población no tiene aquí profesión ni oficio y vive de sus rentas. La mitad de las nuestras se emplean en pagar los intereses de nuestras deudas, otra señal inequívoca de desahogo y bienestar. A los acreedores extranjeros les pagamos el cupón en francos, y aun sahulado, conseguiría Haldado el rico pagar á Andresillo su soldada. Mantenemos cerca de ochenta mil entre curas, frailes y monjas; pagamos sueldo á cerca de cien mil empleados; damos limosna á más de ochenta mil mendigos; satisfacemos sus pasiones á más de sesenta mil pensionistas. Dígame si la opulenta Albión podría hacer otro tanto sin arruinarse, aunque se llegara á calzar las codiciadas minas del Transvaal. Pues no contentos con eso, todavía nos empeñamos en costear una espléndida lista civil, en sostener embajadas, consejos, juntas, cuerpos consultivos; todo el aparato y cortejo de un Estado fastuoso, á lo Luis XIV, tal como corresponde á nuestra alta representación en el mundo. Y aun por si ello era poco, regalamos dos millones al obispo de Madrid, preparamos un puñado de ellos para regocijo de las monjas de Valdecañas y nos aprestamos á subvencionar á la trasatlántica con siete idem. España señala seis mil duros de sueldo á Torreanaz. No sabe qué hacer con su dinero.

La nota de hipócritas, ego sí, no hay quien nos la quite. ¡Cuidado si hemos hecho diabluras los españoles para disimular nuestra opulencia! No oculta mejor sus bienes un cacique conservador para sustraerse á los tributos. Cualquiera otro que no fuera el avispado Villaverde, se habría dejado engañar. Antes, mucho antes de lo que llaman los pesimistas nuestros desastres, quinientos mil propietarios rurales habían consentido en ver sus fincas embargadas por el fisco, sin duda para ocultar su estado próspero. ¿Quién no hubiera dicho que era aquello la quiebra de la pequeña propiedad? Este granero del mundo permite que del extranjero importen el trigo á montones, con ánimo, sin duda alguna de ocultar el que le sobra. El oro se esconde en las montañas de la tierra y antes que reaparecer en su superficie, deja que los cambios suban por las nubes.

Los pueblos, por ocultar lo que poseen, no pagan á los maestros, y estos á su vez, ocultan sus economías. Los labriegos andaluces sufren hambre periódica, y los aragoneses crónica, por un colmo de disimulo. De las costas de Galicia y de las de Levante emigran los ricachones del campo, llevando á América ó á Africa sus capitales, metidos en un calcetín. ¿Qué más? Para ocultar sus bienandanzas la población no quiere pasar de treinta y cinco habitantes por quilómetro cuadrado, que es la misma densidad que tiene en Grecia y en Turquía.

¡Y qué quejumbrosos, qué agonizantes, que Jere mías! Aquí, el lamento es incesante. Los labriegos se quejan de la sequía, de la helada, del granizo, de la contribución, de la usura, de la falta de capital, de la falta de protección. La industria, próspera, se queja del fisco. El comercio, rico, se queja de la enormidad de las tarifas ferroviarias y de la falta de medios de transporte. El trabajador del campo está descontento con los dos ó tres reales que suele ganar cada día. El trabajador de la ciudad, protesta que no puede vivir y alimentar á su familia con dos pesetas de jornal, pagando á real la libra de pan. Los profesionales gimen por la mezquindad de las retribuciones y la enormidad de la competencia, y poco les falta para pedir que se hagan pleitos para tantos abogados, y enfermos para tantos médicos. Empleado que no sea jefe de administración, militar que no sea coronel, élérigo que no sea canónigo, juez que no sea magistrado, catedrático que no sea de término, aseguran no poder vivir con sus mezquinos sueldos. Hasta los ricos están disgustados cuando comparan sus pequeñas fortunas con las que se usan por el mundo y declaran que todo aquí es miseria y compaña. Casi todos viven de trampas: la servidumbre de la deuda agobia á nuestra triste burguesía. Cualquiera que no fuese Silvela ó Villaverde, creería que nuestro organismo nacional es presa de una anemia económica, fruto de las otras anemias; la cardíaca y la cerebral, la anemia del pensamiento y la anemia de la voluntad.

ALFREDO CALDERÓN.

EL BURRO DEL ALCALDE

Mudo, grave, terco, hostil,
marchaba un asno cerril
de esos de á legua por hora,
ante la locomotora
de un tren del ferrocarril,
monstruo que abortó un problema,
del progreso fiel emblema,
que avanzaba rando y ciego,
con las entrañas de fuego
y una nube por diadema.

El tren comenzó á silbar
y el cuadrúpedo á pensar
entre soberbio y cazurro:
—Ahora vas á ver al burro
del alcalde del lugar.
—¡Aparta! ¿No me conoces?—
le decía el tren á voces;
pero el asno con desdén,
dió el rebuzno de jalto el tren!
y le soltó un par de coces.

DON QUIJOTE



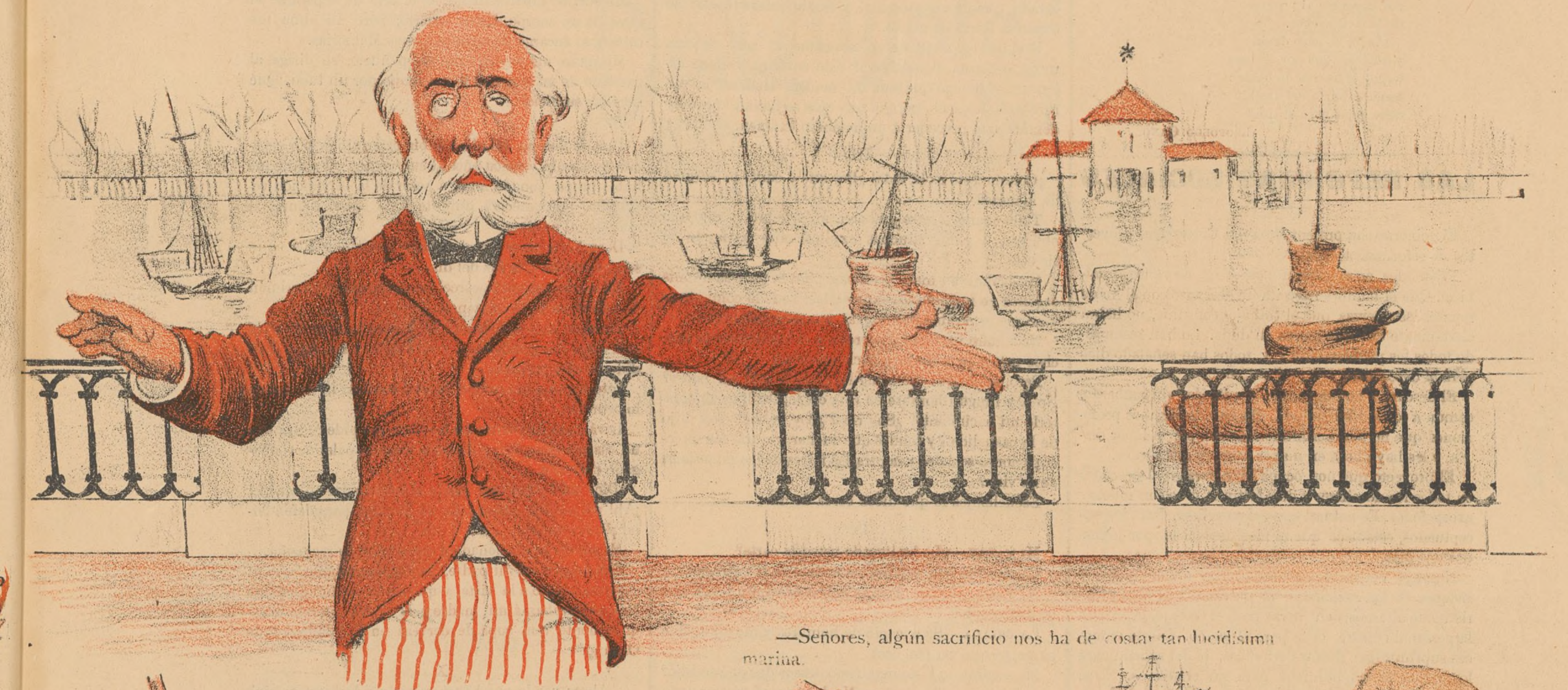
¿No hay quien me pegue un tiro en mitad del corazón?
¡Estoy viviendo en el mundo con muchísimo dolor!



¡Fuego a bordo!



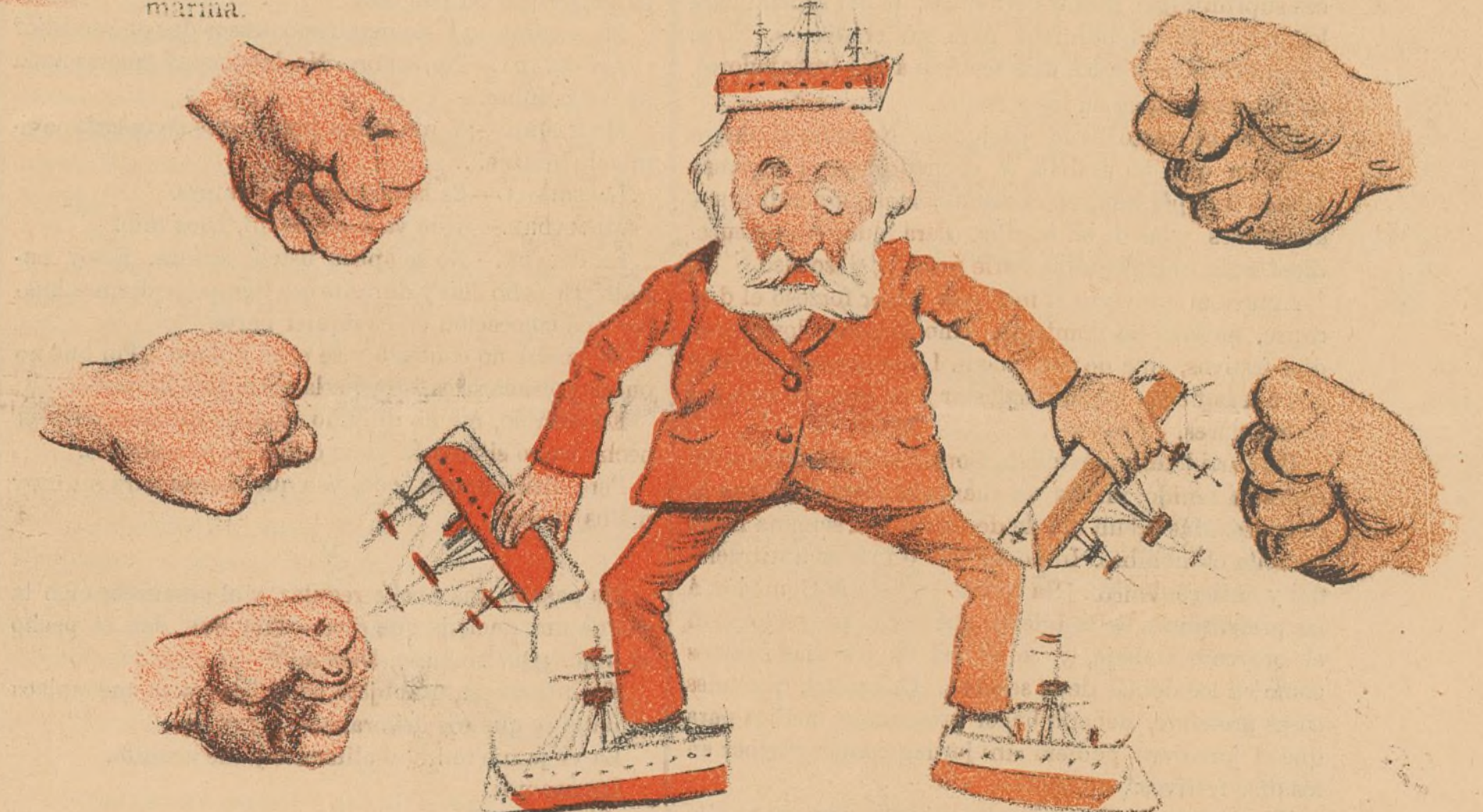
La vieja del candilejo



—Señores, algún sacrificio nos ha de costar tan locidísima marina.



El caballero de la Triste Figura



¡No me toque usted a la marina!



Mártir de la vil acción,
el soberbio garafión
murió con el rabo tieso.
por oponerse al progreso
de la civilización.
¡Asno, tu paso detén
y escucha (que por tu bien
te doy la lección de balde):
hasta el burro del alcalde
debe dejar paso al tren!

LEOPOLDO CANO.

LAS REFORMAS SOCIALES

El gobierno ha presentado á las Cortes tres proyectos de reformas sociales.

Fijémonos en el primero, en el del descanso dominical. Que el hombre necesita de descanso con el fin de reparar las fuerzas que el trabajo consume, no habrá ciertamente quien lo ponga en duda. Lo han reconocido todos los pueblos cultos y todos han señalado días para el descanso.

El descanso no ha podido ser jamás, sin embargo, común á todos los hombres. Ha habido siempre profesiones que no han permitido interrumpir la labor diaria; y las hay ahora en mayor número que nunca.

El proyecto que nos ocupa hace forzoso al descanso en todos los domingos y días festivos; pero con muchas excepciones. Es natural que así sucediese. Para los exceptuados, establece que al mes descansen por lo menos dos días.

Nosotros encontramos desde luego mucho mejor el sistema de los socialistas: el descanso y la fatiga diariamente alternos; ocho horas para el trabajo, ocho para la personal cultura, ocho para el sueño. Cabría entonces suprimir las fiestas periódicas: la del sábado para los judíos, la del domingo para los cristianos. No se perjudicaría con estos días festivos á los trabajadores, no habría mengua en los jornales.

Por el proyecto se los perjudica. No gana el obrero el día en que no trabaja y encuentra en el descanso forzoso una pérdida, un obstáculo más para cubrir sus atenciones y las de su familia. Para que esto no sucediera sería indispensable darle jornal y descanso.

Agrava el proyecto el mal con hacer forzoso el descanso, no sólo los domingos, sino también los demás días festivos, que no son pocos. Las semanas que hay dos ó más fiestas son de malestar y de penuria para los trabajadores.

Ha partido esto de que la Comisión de reformas sociales ha tenido menos en cuenta la ideal civil que la religiosa. Más de un día de descanso por semana no lo necesita el hombre. Imponer dos ó más es antirracional y antieconómico. Ha cedido en esto la Comisión á las pretensiones de la Iglesia, que por el proyecto y sin el proyecto trabaja, y cobra así en los días festivos como en los demás de la semana. La Iglesia, que tales cosas pretende, debería haber presentado medios para que el jornalero pudiera sin jornal comer y beber en los días festivos.

El proyecto resulta además injusto, porque es sólo aplicable á los establecimientos industriales y mercantiles, es decir, al trabajo colectivo, y no alcanza, por lo tanto, á los muchos obreros y obreras que trabajan en sus hogares. Se dirá que si á todos se quisiera que alcanzara, se haría indispensable una inquisición molesta, contraria á los principios democráticos; mas esto no prueba si no que, bajo el presente régimen social, no es fácil hacer reforma alguna que por igual favorezca á los mismos á quienes se quiere dar protección y ayuda. No sólo no se les favorece, sino que también se les daña, como acabamos de demostrar en estas cortas consideraciones.

Siempre es el pobre el que sale peor librado.

F. PI Y MARGALL.

INFANTICIDIO

(MEMORIAS DE UN RECIÉN NACIDO)

I

Tengo calor, y sin embargo, este calor que constituye mi única sensación, no me basta en las actuales circunstancias. Va á ocurrir en mí algo extraordinario que modificará en absoluto mi estado.

¡Aire! ¡Aire!... ¡Ya estoy en el mundo!

De pronto oigo una voz que dice: «¡Es un niño!» ¿Qué será un niño?—me pregunto yo entonces.

Acabo de experimentar una grata impresión de frescura en el momento en que mi alma ha invadido mi cuerpo, y al tomar posesión de mi carne, me ha conquistado involuntariamente.

II

Me encuentro en una situación muy rara. Mis órganos no funcionan todavía y no tengo idea alguna del presente ni del pasado.

Una mujer me baña en agua tibia, y una vez lavado, abro los ojos y me echo á llorar.

Entonces acercan á mis labios una taza de agua azucarada, que no me sabe mal. Cuando quiera repetir me echaré á llorar de nuevo.

Después me acuestan en una cama, al lado de una mujer enferma. ¿Quién será? Está enferma y tiene calentura. Supongo que será mi madre. Mañana la miraré más despacio, porque mis ojos se hallan aún muy débiles para proceder á un detenido examen.

III

¡Conque esto es la vida! ¿Por qué y cómo he surgido de la nada?

Todo cuanto veo se graba en mi cerebro y esto me obligará á pedir muchas explicaciones andando el tiempo.

Me saltan en masa las ideas, pero la torpeza de mis órganos no me permite expresarlas. Todo lo comprendo y no me es posible pronunciar una sola palabra.

Necesitaré un lento desarrollo y el transcurso de muchos meses para llegar á decir «mamá.»

Pero, ahora que me acuerdo: ¿Dónde está mi padre? No hay ningún hombre en esta casa. ¿Ocultará un misterio mi nacimiento? ¿Soy rico? ¿Soy noble? ¿Soy hijo de la casualidad y tendré que luchar contra las preocupaciones sociales y contra las necesidades materiales de la vida?

Escuchemos lo que dicen cerca de mí.

IV

MI MADRE.—¿Le ha llevado usted la carta?

LA CRIADA.—Sí, señora; yo misma se la entregué.

MI MADRE.—(Lanzando un profundo suspiro.)—¿Y qué ha contestado?

LA CRIADA.—Se encogió de hombros y me dijo: ¿Qué tengo yo que ver con eso?

MI MADRE.—¿Y no manifestó deseos de ver á su hijo?

LA CRIADA.—No, señora. No debe usted esperar nada de ese hombre.

MI MADRE.—¡Y me había jurado que se casaría conmigo! ¡Infame!...

LA CRIADA.—Es la historia de siempre.

MI MADRE.—¿Qué va á ser de mí, Dios mío?

LA CRIADA.—No se apure usted, señora. Estoy pagada por ocho días y durante ese tiempo podremos buscar una colocación en cualquier parte.

MI MADRE.—¿Y no contestó y se echó á llorar. ¿Por qué no puedo consolarla y estrecharla entre mis brazos?

En cambio, me ha dirigido algunas miradas de despecho como si tuviera yo la culpa de lo ocurrido.

Pero disimulemos, pues veo que corren para mí muy malos vientos.

V

Ha pasado una noche regular, y al amanecer oigo la voz de una anciana que dice:—Hay que dar el pecho al niño. ¿Qué será eso, Dios mío?

Me introducen un objeto en la boca y se me aplaca el hambre que me devoraba.

La vieja me retira el alimento y me acuesta.

Durmamos.

VI

Ha llegado el octavo día y es preciso partir. Me envuelven en una manta y mi madre me lleva en brazos. Estamos en la calle. ¡Qué ruido, qué movimiento tan extraordinario!

MI MADRE entra en un establecimiento y pregunta:

—¿Proporcionan aquí nodrizas?

—Sí, señora.

La vista de varias amas de cría alegre mi espíritu. Tres ó cuatro niños maman con ardor, pero ninguno de ellos me convida á almorzar. ¡Egoístas!

VII

Discútese el precio de mi lactancia; y mi madre dice que no le es posible pagar veinte francos mensuales. Tengo hambre y lloro como un condenado.

Estamos otra vez en la calle, donde mi madre, sentada en un banco, me da el pecho. La infeliz está disgustadísima, y murmura palabras incoherentes.

Conozco que estoy de más; pero... ¿qué le voy á hacer?

MI MADRE se levanta y prosigue su camino. Yo, entre tanto, me duermo, sin poderlo remediar.

VIII

Cuando abro los ojos es ya de noche. Estamos junto á un canal, y dos ó tres veces he notado que mi madre trata de echarme al agua. Pero como pasa mucha gente, no se atreve á realizar su propósito y logro salvarme de milagro.

Al fin toma mi madre una resolución, y echa á andar con paso resuelto.

Entra en una casa de dormir, le dan una luz, y subimos á un piso cuarto.

MI MADRE me echa en un colchón, que por cierto me parece muy duro. ¡Conozco que va á ocurrirme algo muy grave!

Pasan algunas horas, cuando de pronto mi madre se apodera de mí, me pone una mano en la boca y me estrella la cabeza contra el suelo.

He sufrido horriblemente en el acto de separarse el alma de mi cuerpo. Estoy muerto; pero mi alma me mira y se encarga de terminar estas Memorias.

MI MADRE me envuelve en un pañuelo, se dirige al extremo de un corredor y me arroja por un tubo. ¡Qué horrible suplicio!

IX

Pasa el tiempo. Mi alma debía estar unida por espacio de sesenta y cinco años al cuerpo que mi madre me había proporcionado; más, á pesar de la separación verificada, permanecerá durante todo aquel tiempo al lado de mi cadáver.

Descubren unos hombres mis restos mortales, que son expuestos á la luz del día.

MI MADRE está en la cárcel para responder del crimen de privarme de la existencia.

Estamos ante el tribunal. MI MADRE ha entrado en la sala entre dos gendarmes, y en cuanto á mí, estoy dividido en cien pedazos.

Interrogan á mi madre, la cual confiesa la verdad de lo ocurrido.

Levántase de pronto un hombre que pide contra ella un castigo ejemplar, y después toma la palabra el abogado defensor.

¡Dios mío! ¡Qué mal habla el letrado de mi madre! ¡Ah! ¡Si pudiera pronunciar un discurso para defenderla! ¡Pobre mujer!

MI MADRE es condenada á cinco años de reclusión.

Con respecto á mi padre, hay que consignar que ni siquiera asistió á la vista, y que en el mismo instante en que llevaban á mi madre á la cárcel, tomaba tranquilamente una copa de cerveza en el boulevard de Ornano.

X

...Ahora veo lo que habría pasado si hubiese yo vivido. Después de haber arrastrado una miserable existencia hasta los veintiocho años, habría matado á mi madre para robarle ochenta francos de su armario y me habrían condenado á muerte. Por lo tanto, prefiero que yo me haya detenido en los umbrales de la vida.

MI CUERPO renacerá sin cesar, la primera vez en forma de achicoria y después en forma de col belga, siendo fruto y legumbre hasta la consumación de los siglos.

Por lo que toca á mi alma, como se le debe una compensación, animará dentro de algunos años el cuerpo de un nuevo director del teatro de la Ópera.

AURELIANO SCHOLL.

¡ES INÚTIL!

Quijote, ven acá... ¿Por qué murmuras del político infiel, del hombre osado; que, á fuerza de traiciones, ha llegado, subiéndolo el pedestal, á las alturas?...

Al sediento, ¿que importan las impuras aguas que corren hacia el mar salado, si le aplacan la sed?... Muy descuidado las bebiera también si fueran puras.

Fantasma es el honor, y nadie aprende á vivir sin comer, porque comprende que al destino cruel nadie hay quien venza.

Deja tu quijotismo censurable...

¡Si ahora suele ser siempre un miserable quien se cubre la cara con vergüenza!

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

LIBROS

Se han puesto á la venta en todas las librerías, tiendas de objetos de escritorio y bazares de Madrid, las ocho diferentes ediciones que, de la *Agenda de Bufete* para 1900, ha editado la casa Bailly-Baillière é hijos, de Madrid.

Por ser una obra bien conocida de nuestros lectores, creemos innecesario hacer su descripción, limitándonos á decir que las ediciones del presente año superan en mucho á las de los anteriores, por el mayor número de datos que contiene, por su excelente impresión, papel y encuadernación.

De venta en todos los establecimientos indicados y en la casa editorial de Bailly-Baillière é hijos, Plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

Biblioteca de "DON QUIJOTE,"

WEYLER

POR

PEDRO BARRANTES

ILUSTRACIONES DE ROJAS

Precio: 20 céntimos.

Para nuestros suscriptores y corresponsales, 15 céntimos.

EN PRENSA

Almanaque de DON QUIJOTE

PARA 1900

Precio: 50 céntimos.—Para nuestros corresponsales y suscriptores: 40 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Pozas, 12.